

Reflexiones sobre la tarea docente. Una acción necesaria

Roberto Machuca Ocampos

isaroea@gmail.com

Universidad Nacional de Asunción

Facultad de Filosofía

Paraguay

La educación es una actividad sostenible, en la medida en que las apuestas estén orientadas hacia el fortalecimiento de la misma y sus diferentes prácticas, a fin de que la misma no se limite a un simple concepto que se repite como simbolismo de la posibilidad de encontrar escenarios en mejores condiciones y que permita a los participantes encontrar un equilibrio en su búsqueda.

Uno de los fundamentos más importantes de la educación es el docente, que connota una serie de características que aparecen como imperativos en la vida cotidiana de quienes realmente encuentran su razón de ser en la profesión. En este sentido, cabría la interrogante ¿Qué significa ser docente?, un cuestionamiento que requiere de una reflexión profunda que debe aspirar como resultado a encontrar la respuesta, que, en fin, debe representar la brújula de tan encumbrada y digna labor si se hace con convicción en el sentido de haber encontrado nuestra ubicación dentro de un ente tan complejo como representa la educación.

En la tarea docente debemos descifrar la metáfora, descodificar las motivaciones y las intenciones conforme a la realidad de nuestro estudiante. El proceso de enseñanza aprendizaje encierra muchos elementos que, si bien a primera vista creemos haber interpretado, siempre ameritan una relectura, a fin de confirmar o reformular para ajustar al contexto, debido a que las informaciones presentan un carácter dinámico, sujetas a revisiones de manera permanente, situación que nos debe ayudar a discernir la diferencia entre lo temporal y lo permanente, todo esto como una medida de medida académica.

El docente, en cada instante, debe asombrarse y asombrar a los estudiantes cuando despierta en ellos las ganas de saber, ese saber que reconforta y que, de manera cotidiana, representa un criterio deseable para los protagonistas de un proceso de enseñanza-aprendizaje, el docente debe asombrarse frente a las demostraciones que hacen los estudiantes; debe formar parte de manera directa de los avances de sus discípulos. Se debe evidenciar en el docente la

satisfacción por cada paso que hacen sus estudiantes, en el que su apertura también sea evidenciada por los educandos.

El docente debe dudar y hacer dudar, pero una duda como método, que le permita bucear y aplicar todos los recursos posibles que le ayuden, dar un paso siguiente que le muestre con claridad una situación. En este sentido, es una postura que se asume como precaución y no tomar juicio sobre aquello que no hemos evaluado en profundidad en el proceso para que, como resulta, podamos expedirnos conforme a los criterios que se circunscriben a la realidad contextual, para que estemos en todos momentos actualizados y a su vez preparados a asumir nuevos desafíos.

El docente, como un principio de respeto, debe planificar su proceso de intervenciones; el acto didáctico debe convertirse en una experiencia de aprendizaje consistente para los estudiantes, tanto es así que la dinámica encuentre su razón de ser en un consenso en cuanto a la valoración de los temas desarrollados en cada clase. Al respecto, el educador no debe apartarse de la esencia de su labor, que consiste en capacitar y capacitarse de manera permanente, es decir, cada día ser más capaz para hacer más capaz al otro.

El docente debe ser la guía del proceso del aprendizaje en un orden ascendente de la complejidad, que podemos experimentar a partir del hecho de conocer, comprender, interpretar, explicar, sumado a esto las habilidades sociales con un enfoque ético a fin de que las orientaciones conduzcan a la formación integral de las personas, que representa la matriz de la educación y a su vez es el punto en el que encuentra su sentido y fundamento.

Dado que la tarea docente presenta en su desarrollo un despliegue y una dinámica constante, se lo exige excesivamente. Por esa y otras razones, el educador debe demostrar interés de manera permanente, es decir, debe interesarse, pero al mismo tiempo interesar, incentivar al educando, quienes, cuando perciben que el educador demuestra entusiasmo en su labor, son capaces de adoptar una conducta de respeto en el acompañamiento del proceso de formación, como una manera de reconocimiento que no se enseña, pero se demuestra.

En el mismo sentido, el docente debe involucrarse y a su vez involucrar a los estudiantes en temas de profundos significados que se pueden encontrar en las entrañas de las actividades que se planifican de manera cotidiana. El docente debe identificar patrones y usar como guía en su desempeño, asumiendo de manera sostenida el papel de tutor, celoso guardián del aprendizaje de sus educandos.

El docente, a partir de sus consignas diarias, debe ser capaz de replicar en la actitud del educando la tarea de reflexionar, es decir, volver a plantearse los temas desarrollados, incluso sobre los que se consideran resueltos, en un ámbito de búsqueda de la objetividad en el afán de

una mejora continua, complementada con actividades como la autorreflexión que pueda conducir hacia la autorregulación, cualidades que son necesarias desarrollar, considerando la complejidad del ser humano relacionada con la esencia de la educación.

El docente debe ser capaz de vincular la teoría y la práctica, fundada en su capacidad de desarrollar su capacidad interpretativa de la realidad académica, un visionario comprometido, consecuente con las metas de proceso y producto de carácter personal y profesional; debe ser conocedor de las materias sustantivas del sistema educativo que son la docencia, investigación y vinculación con el entorno.

Sin dudas, podemos afirmar que la docencia es una tarea compleja, aunque muchas veces pensamos que la profesión adolece de una consideración y valoración de los demás. De igual manera, el currículum nos interpela, nos pone en un plano de compromiso de gran alcance de lo que debemos rendir cuentas en nuestras acciones de manera cotidiana. Por este motivo, el docente debe tener una actitud crítica y autocrítica, ser capaz de evaluar y evaluarse, emprender su desempeño de manera eficaz y eficiente basado en una comunicación clara que tiende hacia la armonía que debe ser la conquista plasmada en cada experiencia del proceso enseñanza-aprendizaje.

Las realidades de las circunstancias académicas nos ponen de manifiesto constantemente, en el momento de contrastar nuestra práctica con el perfil que cada vez es más exigente, pero cuyo cumplimiento nos trasciende al plano de la competencia que debe entenderse que aquello que hacemos, lo hacemos bien, que debe ser la finalidad de la vinculación entre el desempeño y el perfil. Todo esto; traerá consigo la respuesta y el ajuste de lo que realmente se espera en la sociedad, a fin de dar correspondencia a las grandes interrogantes o problemas que atentan contra la armonía y el equilibrio social.

El enfoque de la interpretación del abordaje de los derechos en los últimos tiempos ha adquirido una gran notoriedad. La mayoría entiende con mucha facilidad aquello que cree que guarda relación con sus derechos, pero no se adopta la misma actitud cuando se trata de las obligaciones. En este sentido, nuevamente, el docente que, a priori, debe demostrar en su desempeño con claridad el desarrollo de los derechos y las obligaciones, que, en efecto, a partir de lo observado, y a su vez reforzado por el discurso del mismo, los estudiantes sean capaces de internalizar, apropiarse y demostrar en sus prácticas cotidianas todas las acciones de manera coherente con lo que pueden dar y exigir.

La incertidumbre en que se presenta el panorama educativo debemos transformar en un escenario seguro, en el que administremos el tiempo mediado por la inteligencia natural y, si es necesario, con respaldo de la inteligencia artificial, porque debe quedar claro que es el ser

humano quien debe establecer las pautas del uso de la información. Este tema quizás sea el desafío más importante que se ubica en una dimensión del debate en construcción de la que los docentes no estamos exentos, debido a que en nuestras manos y conforme a las orientaciones que le damos a los estudiantes, en gran medida podremos colaborar para que ellos tomen las decisiones más adecuadas que se circunscriben dentro de la eticidad como cultura.

El docente del siglo XXI, cuya base de conocimiento se encuentra en los siglos pasados, debe asombrarse a cada instante, le debe motivar situaciones con proyecciones constructivas, debe enfocarse en las tareas emergentes tales como aprender del aprendizaje, incentivar la curiosidad, gestionar la incertidumbre, administrar el disenso, controlar la complejidad y asumir un gran compromiso con la mejora continua, solamente de esta manera podremos sentirnos con la conciencia estable en el momento de aplicar el proceso de nuestra autoevaluación.

Por último, podemos afirmar de manera categórica que la tarea docente trae consigo muchas exigencias y cuyos cumplimientos requiere de una dedicación permanente, es necesaria la identificación y construcción de la identidad del educador conforme al perfil del siglo XXI.